





**MAKOKO**

Publicado por:

**Nova Casa** Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2018, **José María García Sánchez**

© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Abel Carretero Ernesto**

Portada

**Vasco Lopes**

Fotografía de portada

**Alicia Núñez**

Fotografía del autor en la solapa

**Sergi Gayà**

Maquetación

**María Alejandra Domínguez**

Impresión

**QP Print**

Revisión y corrección

**Abel Carretero Ernesto**

Primera edición: mayo de 2018

Depósito Legal: B 6254 - 2018

ISBN: 978-84-17142-58-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

JOSÉ MARÍA GARCÍA SÁNCHEZ

# MAKOKO



**Nova Casa** Editorial



# ÍNDICE

CAPÍTULO	PÁGINA	CAPÍTULO	PÁGINA
1	11	26	137
2	17	27	141
3	21	28	145
4	25	29	149
5	31	30	153
6	37	31	159
7	45	32	163
8	51	33	167
9	57	34	171
10	63	35	175
11	67	36	179
12	73	37	181
13	77	38	185
14	83	39	189
15	87	40	195
16	91	41	199
17	95	42	203
18	99	43	207
19	103	44	213
20	107	45	219
21	113	46	225
22	119	47	229
23	125	48	233
24	129	49	237
25	133	50	241





A Belén





# MAKOKO

## 1

Madeleine, apenas una adolescente, se aproximó hasta el borde del lago con la intención de ahogar a su hijo recién nacido, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo.

Lo envolvió en una toalla raída, depositándolo sobre un lecho de papel de periódico, dentro de un bidón de gasolina cortado por la mitad. Para que aquella precaria embarcación se mantuviera en posición vertical, la había lastrado con unas piedras antes de acomodar al niño, que no dejaba de llorar.

Caminó por el embarcadero, construido con troncos y tablonnes recuperados en los vertederos, y dejó cuidadosamente aquel barco de latón, en cuyo interior se agitaba el fruto de su amor con Pierre, un prometedor empleado de banca, casado y con dos hijos, quien en cuanto supo lo de su embarazo no quiso saber nada más de una niña de dieciséis años a la que había prometido amor eterno.

La leve corriente empujó lago adentro al pequeño, que navegó sin rumbo en la oscuridad de la noche por los canales de Makoko, mientras sus habitantes intentaban superar el bochorno del mes de junio. La laguna, con su balanceo, relajó al bebé, que dejó de llorar y se durmió, hasta que dos horas después de su partida el bidón se quedó atascado bajo una barraca. Al notar que no le mecían, despertó y berreó de nuevo a todo pulmón.

Marie, una viuda de treinta y seis años, oyó un extraño ruido que le recordó el llanto de sus hijos al nacer, pero pensó que era una alucinación, producto del calor y la cerveza. Lo oyó por segunda vez y decidió salir afuera.

Asomada sobre el agua, vio basura flotando, algún que otro excremento humano y un bidón encallado entre dos pilares de la casa. El ruido venía de allí, pero le pareció absurdo. No obstante, se acercó y lo vio: un precioso niño se agitaba y lloraba con desesperación.

La mujer lo cogió con mucho cuidado y lo abrazó contra su pecho, cuya leche compartirían su pequeña Laura y el recién llegado.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —preguntó mirando al crío mientras buscaba algún indicio de su nombre en la toalla que lo envolvía y entre los periódicos.

Marie se levantó la camiseta y le ofreció al pequeño una teta rebosante de alimento, que mantuvo al niño entretenido y callado durante un buen rato. Mientras, la mujer recuperó el bidón y llamó al nuevo miembro de la familia con el nombre que aparecía impreso en el metal: ELF.

La leche caliente y el agotamiento sumieron a Elf en un sueño dulce y profundo. Su nueva madre no se separó de él ni para ofrecerle el otro pecho a Laura, que también se había despertado y reclamaba enérgica su ración.

Marie había llegado diez años atrás, junto a sus dos hijos mayores y su marido. Huían de la guerra, el hambre y la enfermedad que asolaban Uganda. Atravesó medio continente hasta encontrar un lugar que hizo suyo. Aquí nació su pequeña, y recuperó la dignidad después de muchos años de pasar miedo y calamidades en un país que siempre había conocido en guerra.

Por eso nunca le dio demasiada importancia a que de vez en cuando un grupo de sicarios venidos desde tierra firme hostigasen a los habitantes de Makoko para que se marcharan de allí, o a que las patrullas de autodefensa del barrio fuesen tan dañinas como los asaltantes. Aquí tenía un techo que la cobijaba, comía a diario y conversaba con las vecinas al caer la tarde.

Desde la ventana había sido testigo muchas veces de los enfrentamientos de los “vigilantes” con los paramilitares, pagados por los promotores urbanísticos que ansiaban desalojar Makoko, y de las escaramuzas entre diferentes facciones de los cuerpos de autodefensa del suburbio, convertidos más en pandilleros que en policía. Los guardianes del barrio estaban liderados por media docena de jóvenes engreídos que imitaban la estética de los raperos norteamericanos, fumando *crack*, traficando con drogas y extorsionando a la población: exigiendo dinero, dádivas o favores sexuales a cambio de su protección.

En contrapunto a esa violencia, varias entidades no gubernamentales se unieron para construir una escuela flotante, que al día siguiente de su inauguración ya estaba ocupada por más de un centenar de niños, algunos apenas destetados. Al frente de la institución se puso Emmanuel Odeda, un antiguo sacerdote expulsado de la Iglesia Católica. Su excomunión se produjo por haber maldecido públicamente al Vaticano porque el Papa condenaba el uso de preservativos, mientras los jóvenes morían de SIDA o de gonorrea. Tuvo la osadía de proclamar que en África era mejor repartir condones y antibióticos que evangelios y misales.

La noticia de la llegada del bebé a Makoko fue el acontecimiento más comentado por sus habitantes durante muchos días. Todos se preguntaban de dónde había venido, y si su madre era del barrio o no. Las vecinas ofrecieron a Marie su ayuda, le trajeron ropa de sus hijos, le tejieron mantas con lana recuperada de viejos jerséis y le colmaron de pequeños sonajeros, chupetes y muñecos que ya no usaría su prole.

Nadie puso en duda el derecho de Marie a ser su nueva madre, y menos la autoridad local. Al Ayuntamiento de Lagos no le importaba quién habitaba la ciénaga, solo ansiaba desecarla y ganar espacio para la gran ciudad, necesitada de suelo urbanizable para satisfacer sus deseos de expansión.

Los primeros años de la vida de Elf no fueron muy distintos a la de los numerosos niños que habitaban aquella singular Venecia sin palacios ni góndolas, sino con cabañas construidas con desechos urbanos y barquichuelas de madera que se mecían entre basura y excrementos flotantes. Tuvo una infancia feliz y despreocupada, llena de juegos con sus hermanos y aprendiendo a vivir con muy poco.

Antes de cumplir su decimocuarto verano en Makoko empezó a tomar la costumbre de coger la barca de su hermano mayor mientras este dormía la siesta, ebrio de cerveza. No llegaba con los pies al suelo cuando se sentaba en la banqueta y colocaba una caja de madera para poder apoyarse. Al principio, casi no tenía fuerza para levantar los remos, menos aún para bogar. Las primeras veces apenas podía mover la barca, pero a las dos semanas ya era capaz de remar hasta el extremo más distante de la laguna.

Un día que Stephan tenía dolor de estómago y no bebió alcohol a mediodía, descubrió las excursiones de su hermano pequeño y lo vio justo en el momento en que partía.

—¡Elf! —bramó desde la puerta.

El chico se paró de golpe. Sabía del mal genio que tenía su hermano. Recordó por un momento cómo acabó su vecino un día que se pelearon por una discusión de fútbol. Como apenas había recorrido cinco o seis metros, sin girar la barca, remó siguiendo su propia estela y se colocó junto a él.

—Ahora entiendo por qué cada día me encuentro una caja del revés molestándome los pies.

—Perdona, Stephan. Debí pedirte permiso para coger tu barca.

Elf miraba los ojos inyectados en sangre de su hermano y esperó la bien merecida torta que se había ganado. Pero en lugar de ello, Stephan soltó una sonora carcajada.

—Como te gusta tanto remar, a partir de ahora serás tú quien vaya a buscar agua a la ciudad. Mañana iremos juntos a la fuente para que la conozcas, y yo cambiaré de oficio.

Elf se sintió aliviado, a pesar de que sabía que el trabajo de aguador era muy duro y mal pagado debido a la competencia que había en el barrio. Al menos eso era lo que decía constantemente su hermano.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Iré a sacar petróleo al oleoducto. Se gana más dinero y no es tan cansado.

—¡Pero eso es robar! —exclamó Elf.

Entonces sí que recibió un buen tortazo de su hermano, que zanjó así la cuestión.

Desde aquel día, el muchacho, todavía impúber, formó parte del ejército de mercaderes de agua. Su hermano le entregó la barca y los diez bidones de plástico que cada día llenaría dos veces para vender agua potable a sus clientes del barrio y a quien se la pidiera, a cambio de unas monedas o de algo que le pudiera interesar: sal, clavos o un sombrero de paja.

Stephan murió unos meses después tras una explosión en el oleoducto que estaba saqueando.





# MAKOKO

## 2

Meses después de perder a su hermano mayor, también murió su madre. Una infección urinaria se tornó en un *shock* séptico por falta de tratamiento antibiótico. Como en Makoko no había atención médica —La Cruz Roja solo iba por allí una vez al mes y las colas de pacientes eran interminables—, Marie lo fio todo a una vecina que ejercía de curandera y adivinadora.

La fiebre la trató con unos paños humedecidos en una infusión de hinojo y un ramillete de hierbas que le vendió a precio de oro. Pero cada día estaba peor, la calentura se volvió insoportable y acabó postrándola en la cama. Ella, que a las dos horas de parir a sus hijos ya estaba trabajando en la casa, ahora apenas se tenía en pie.

Una noche, empapada en sudor, llamó a sus hijos, que la rodearon a ambos lados del catre. A Laura le dijo que cuidara de los dos hermanos que le quedaban, pues sería la única mujer de esa casa. A su hermano mayor que dejase de fumar *crack* y a Elf, que fuese a la escuela en lugar de holgazanear toda la tarde. Laura rompió a llorar desconsoladamente, mientras Elf no tuvo tiempo de decirle que su hermano estaría muy orgulloso de cómo llevaba el negocio del agua. Samuel no dijo nada. La mujer lanzó un largo suspiro, el último antes de cerrar los ojos para siempre.

Elf se encargó de llevar el cuerpo de su madre a Lagos, donde fue enterrada en una fosa común y cubierta con cal viva, como se hacía a todos los que morían de una infección. En el viaje de vuelta a casa, acompañado de sus hermanos, se dio cuenta de que

Samuel tenía el cerebro reblandecido por la droga, que Laura era demasiado pequeña para hacerse responsable de nada y que lo mejor sería que ella también fuese a estudiar.

—Deberías ir a la escuela también, Laura. Todavía estás a tiempo de aspirar a una vida mejor.

—¿Tú crees, Elf? ¿Aprender a leer sirve para algo?

—¡Claro! Y a sumar también. Eso te servirá para trabajar en un supermercado, o incluso en un banco.

—Pero si aquí no hay nada de eso...

—El mundo no se acaba en Makoko. En Lagos hay de todo. Anda, ve a acostarte y seguiremos esta conversación otro día. Se ha hecho muy tarde.

La niña obedeció a su hermano y Elf se sentó al borde de la casa, con los pies sobre el agua, la mirada perdida en el infinito y la mente en blanco, incapaz de llorar.

En los siguientes días a la muerte de su madre la pequeña Laura empezó a ir a la escuela todas las mañanas —una barcaza atada con cuerdas a unas estacas en un extremo del barrio—, hasta las doce del mediodía, hora en la que abandonaba las clases para preparar la comida a sus hermanos. En realidad, el único que solía venir a comer era Elf cuando acababa el reparto del agua, y le gustaba preguntarle a su hermana por sus progresos en las matemáticas y en la lectura. Samuel, que se dedicaba al menudeo de drogas para financiar su adicción, no solía aparecer mucho por casa.

Por las tardes Emmanuel Odeda daba clases en exclusiva para Elf, y lo instruía en álgebra, gramática, inglés y sentido común, pues consideraba que esto último era lo más práctico para los jóvenes. No tenían libros ni material didáctico alguno, salvo un pizarrón verde que el gobierno de Francia le había donado a la escuela como contribución al desarrollo del

Tercer Mundo. Carecían de tiza para utilizarla y usaban trozos de yeso que recogían en las escombreras. Todo Makoko se nutría de los desechos de Lagos, la escuela también.

En sus idas y venidas a la fuente de la que se abastecía Elf se cruzaba con hombres y mujeres jóvenes que trabajaban a destajo como temporeros en los campos de arroz, maíz o patatas, según la época del año. A veces caminaban varias horas hasta llegar al tajo, para volver con unas cuantas nairas —la moneda de Nigeria— y, si es tiempo de recolección, con unas raciones de comida. De vuelta, debían tener cuidado y evitar cruzarse tanto con la policía en tierra como con las patrullas de vigilancia en la laguna, pues era normal que exigieran un peaje. También se encontraba con quienes iban a rebuscar en los vertederos de Lagos, donde se topaban con cientos de competidores para encontrar metales, plásticos, maderas o cualquier otra cosa que tuviese un valor para los compradores de material de reciclaje, quienes los adquirirían por importes irrisorios tras la imprescindible discusión sobre el precio, en la que siempre perdía el recolector.

Las peores jornadas de Elf eran los martes, día de mercado. Las aguas se llenaban de comerciantes de todo tipo de mercancías, que transportaban sobre barcas de madera o de poliéster. Ofreciendo a gritos desde salazones de pescado hasta camisetas de fútbol, pasando por carne seca o cacharros de cocina. Los vendedores vociferaban desde sus embarcaciones, y era tan frecuente el trueque como el regateo.

Tampoco faltaban los adivinadores, brujos y sanadores que ofrecían quitar maldiciones, recuperar la potencia sexual o recobrar la salud a cambio de unas monedas o de una bolsa de patatas. Por eso los días de mercado iba a clase por las mañanas con Laura, para evitarse de navegar entre griterío, cachivaches y golpes.

—El próximo día no vendré a tomar clases —le dijo Elf a su viejo profesor antes de marchar.

—¿Por qué? No has faltado ni un solo martes en el último año.

—Porque voy a comprar una barca más grande, en la que pueda transportar el doble de agua en cada viaje. Y contrataré a un chico para que lleve la que tengo ahora, a cambio de un porcentaje de la venta. He quedado con un barquero en Badia, para rematar el precio y la forma de pago. No creo que pueda volver hasta la noche.

—Acuérdate de la fórmula de los intereses, para que no te engañen, que los comerciantes son como los banqueros. ¡Y suerte!

—Hasta la próxima.

Cuando volvió a casa los mercachifles aún seguían ofreciendo sus productos. Algunos aseguraban quitar el mal de ojo y traer la prosperidad y la buena suerte. Otros vendían ollas, sartenes y gomas para el pelo. Y todos regateaban hasta la última naira.

Después del mercado, y durante los siguientes dos o tres días, casi no se veía el agua de la laguna, llena de restos de embalajes, cartones, plásticos y latas que se sumaban a la basura endémica del lugar. Pero la ligera corriente siempre hacía circular el agua espesa y negra del lago hacia las orillas, donde los recolectores se hacían con todo lo que tuviese valor.

Poco a poco volvía el relativo silencio a la población, solo roto por los “vigilantes” que siempre escuchaban su música infame a todo volumen para darse notoriedad. La brisa se llevaba el olor a especias, a café y a pieles curtidas que indefectiblemente el mercado dejaba en Makoko, para recuperar el hedor de la ciénaga, la marihuana y el *crack*.

# MAKOKO

## 3

El dolor de cabeza le despertó creyendo que estaba teniendo una pesadilla. Recobró la conciencia notando que todas las partes de su cuerpo estaban reclamando su atención al mismo tiempo. Primero quiso abrir los ojos, pero a la mitad del mundo no podía verlo. Los párpados del ojo izquierdo estaban enganchados entre sí, la sangre seca hacía de pegamento. Le escocía como si tuviera un mar de ácido en la cuenca. Quiso desembarazarse de las moscas que tenía en la cara, pero no podía mover las manos. Las tenía atadas a la espalda, y unas cuerdas reseca le abrasaban las muñecas. También le dolía el oído izquierdo, en el que tenía un pegote de sangre que estaba siendo devorada pacientemente por las moscas, igual que la del ojo. Los insectos no encontraban obstáculo alguno para darse un festín.

Sintió alivio al ver que podía mover las piernas y que ni estaban atadas ni le dolían, al contrario que las costillas, que le oprimían el pecho y el abdomen y le dificultaban la respiración. Si hinchaba los pulmones, se le clavaba una costilla como una estaca. Solo podía hacer inspiraciones cortas y seguidas, como un pajarillo moribundo. Tensó los músculos de la espalda y los abdominales para sentarse, pero no se separó ni un centímetro del suelo.

A las moscas se les unió un tábano, quien no se conformó con la sangre seca y sucia de la cara y le clavó el aguijón en la mejilla. El chico sacudió la cabeza a un lado y al otro intentando inútilmente espantarlo. Cuando notó el aguijonazo apretó los dientes

y descubrió que le faltaban piezas dentales y que sus mandíbulas no encajaban como antes.

Sintió un momentáneo consuelo tras notar que aquel bicho inmundado sacaba el aguijón y parecía irse. Pero volvió, se colocó a unos centímetros de donde había picado antes y repitió la operación. Ahora Elf ni se movió, consciente de lo inútil que sería resistirse. Se concentró en pensamientos agradables que sacara su mente de aquel calvario, y pensó en Pauline, la niña con la que jugaba con sus muñecas de trapo, y de la que hacía tiempo que no sabía nada, desde que se fue a vivir a Lagos con su madre, quien había encontrado trabajo de sirvienta en casa de un inglés.

Su desazón volvió cuando notó que ya no tenía un tábano en la cara, sino un enjambre en todo el cuerpo, y no hubo distracción posible. Cinco, seis y hasta diez picaduras simultáneas lo estaban acribillando. Pero, de repente, todos los insectos le abandonaron. «Ya no me debe de quedar sangre», pensó. Sin embargo, el motivo fue otro, de entrada, más preocupante: un perro baboso y maloliente empezó a corretear en torno a él, cada vez más cerca, hasta empezar a saltar encima de su cuerpo.

—Ahora me va a devorar un chacal—murmuró.

Tras el chucho —que no chacal— apareció un chico joven, de no más de trece años, con una vara y una cuerda de la que colgaban tres lagartos atados por el cuello.

Elf quiso hablar, pero no pudo. El muchacho se acercó, vio las pústulas de las picaduras de los tábanos, el ojo cerrado y tumefacto, la sangre en el oído y su expresión de miedo. Se arrodilló, sacó una botella de plástico y le dio de beber sujetándole con una mano la nuca. El agua le supo a gloria, a pesar de que al tragar se metió restos de sangre y algún trozo de diente roto al estómago. Por un momento, parecía haber desaparecido el dolor, y se sentía a salvo.

El chico vio que Elf estaba atado, y con una navaja que sacó de un pequeño zurrón, tras colocar de lado al herido, le cortó las ajadas cuerdas. Podía mover las piernas y los brazos, aunque sus extremidades estaban aún entumecidas por la inmovilidad de no sabía cuántas horas, o quizá días.

Con ayuda y gran dificultad se puso en pie. Así parecía que le dolían menos las costillas, que no le aprisionaban como antes, y dio algunos pasos apoyado en el hombro del joven cazador de lagartos.

Con un hilo de voz, Elf le dio las gracias a su salvador, y le preguntó que dónde estaban.

—En Nigeria —contestó el chico.

—Eso ya lo imagino. ¿Estamos cerca de Makoko?

—No conozco Makoko. Estamos en Badia.

—¿Y no conoces Makoko? Está aquí cerca, a un par de horas en barca.

—Pero yo no tengo barca. ¿Tú sí?

—Me la robaron. Y después me dieron una paliza. Creo que fueron los mismos que me la vendieron. Me atacaron antes de que pudiera estrenarla siquiera, perdí el conocimiento y desperté en el lugar en el que me encontraste. No recuerdo mucho más... ni quiero hacerlo.

—Iremos a ver a mi tío Víctor. Él te curará las heridas y a lo mejor podrás trabajar en su casa para pagarle. Hace tiempo que busca un ayudante, se está quedando ciego y cada vez es más torpe. Pero es un buen curandero. Vamos, que está anocheciendo.

Caminaron por senderos solitarios, rodeados de escombros, basuras y algunos arbustos, mientras el perro iba y venía rodeándolos, se paraba a olisquear el suelo y esperaba alguna caricia de su dueño, parco en ellas.

Tardaron una hora en recorrer los dos kilómetros que separaban a los chicos de la casa del tío del cazador de lagartos. La vivienda era una barraca hecha de tablones de madera clavados entre sí y rejuntados con arcilla, no tenía ventanas y la cubierta era de latón, con ramas secas superpuestas.

—Hola, Lucky, veo que me traes trabajo esta noche —le dijo a su sobrino a modo de saludo, cuando estaba ya bajo el quicio de la puerta y a escasos centímetros del chico.

—Hola, tío. Creí que no veías.

—Estáis muy cerca, veo dos sombras, pero, sobre todo, huelo el miedo y la sangre. ¿Te duele mucho, hijo? —preguntó el viejo dirigiendo su mirada vacía hacia la sombra que acompañaba a la de Lucky.

—Más de lo que imagina, señor. No veo de un ojo, no oigo bien, me duelen las costillas y me ha picado un millón de bichos.

—La primera medicina será cenar algo. Tienes aspecto de no haber comido hace días.

Víctor sacó de una caja de cartón tres yucas y las echó en una olla. Le añadió una hoja de laurel y acabó de llenar el recipiente con el agua de un bidón. Le pidió a Lucky que encendiera el fuego de la cocina y le recordó que debía ir pronto a buscar leña. Colgó la olla de un gancho de hierro y avivó el fuego con una hoja de palma hasta que empezó a hervir.

—No sé si te gusta la yuca, pero no esperaba visita y es lo que iba a cenar hoy. Esto y un trozo de pescado seco te ayudarán a recuperarte. Mañana temprano veremos qué hacer contigo.

Los tres hombres se sentaron en el suelo, sobre una alfombra de cañas, y cenaron sin hablar. Sus cerebros cedieron buena parte del riego sanguíneo a favor de los estómagos y se durmieron agotados los tres: uno de cazar lagartos, otro de sufrir dolor y el mayor, de vivir.